

## VÍCTIMA

Beatriz nunca imaginó que la muerte pudiera ser un tránsito tan doloroso.

Desde pequeña había sido adoctrinada para pensar que cuatro querubines apostados sobre las cuatro esquinas de la cama velaban su sueño. Si no despertaba, si la oscuridad crecía a su alrededor, ellos se encargarían de acompañarla con un lento caer que más que reportarla pena la llenaría de pleno placer. Abandonar el cuerpo, dejar atrás la carnalidad para expandirse en un mundo inmaterial donde el tiempo y el espacio no existían.

Morir mientras se duerme. Eso es lo que todos deseamos. Cerrar los ojos a la muerte, ignorarla, como si con ello se pretendiera eludirla. Ensoñaciones de niña instaladas en lo más profundo negándose a crecer y madurar. La muerte es sinónimo de dolor, ¿o ya no recordaba como el Salvador sufrió en la cruz por todos nosotros? La consecución de una vida mejor resultaba ser un proceso tremendamente penoso.

*¿Pero tanto?*

El crucifijo prendido de su cuello se reveló como una carga demasiado pesada de llevar. De pequeña sus padres la educaron en la fe católica. Rápidamente ella abrazó aquellas enseñanzas. También con presteza supo que el camino que escogía se presentaba como tortuoso. Muchas mujeres adornaban su piel con grandes y doradas cruces, pero estaban lejos de comprender lo que ella sentía. No deseaban mostrar su religiosidad, si no más bien sus lascivos escotes. Para ella estaba lejos de ser un adorno. Pequeño, no por vergüenza o discreción, la elección se debía a la austeridad, decidió que debía ser de madera, como el del Salvador.

Y como él sufría.

Una nueva punzada de dolor. Cada vez más fuertes e intensas. Cada vez más insoportables. Alzó la cabeza. Su brazo derecho, estirado, se elevaba por la pared con la palma atravesada con un enorme clavo oxidado. Debía adoptar una postura de puntillas para poder mitigar el sufrimiento. En los momentos en los que las piernas flaqueaban su cuerpo caía unos escasos centímetros. Lo suficiente para que la firmeza del clavo le desgarrara la carne. Casi podía decirse que estaba colgada de ese maldito clavo.

Varias veces cayó. La última vez fue especialmente intensa. Contrajo el rostro, gritó. Mas todo eso no fue suficiente, incluso ayudó a incrementar la tortura. La sangre volvió a descender sobre el brazo hacia su desnudo cuerpo. Aunque esta vez vino acompañada por jirones de piel y algo sólido. Pequeños trozos de un color ocre, que identificó como su propia carne.

Como pudo reunió el suficiente valor para elevarse de nuevo adoptando la forzada postura que la liberaba, en parte, del sufrimiento. Apenas ya sentía el hombro derecho. De estar tan alto, rígido, creía que se le había adormilado. Susurró que todo su cuerpo siguiera su ejemplo y con ello el trágico final fuera algo más llevadero.

*Morir dormida.*

Se sintió sucia, ya no sólo por estar despojada de su ropa. La sangre era tan pegajosa, tan viscosa, tan desagradable al tacto, que mezclada con la salinidad de las lágrimas formaban un líquido que la provocaba náuseas.

Vomitó. Cayó sobre sus pies. Estuvo a punto de resbalar y caer. La palma crujió. La herida se estaba agrandando. Notaba la carne desgarrada, tensa, caliente, palpitante. El dolor se agudizó. Nunca pensó que una persona pudiera aguantar tanto sufrimiento en su cuerpo.

Trató de llorar. De sus ojos apenas brotaron lágrimas. Se encontraba cerca de gastarlas todas, de quedarse seca por dentro. El mero hecho de pensar que eso podía

llegar a suceder la espantó. Necesitaba llorar, exteriorizar su emociones, a pesar de no poder lograr mitigar la agonía, sentía que al hacerlo no perdía su condición de ser humano.

Sucia, ultrajada, humillada. Torturada. Víctima.

Pensó en qué tipo de insana persona podía ser tan cruel como para atormentar a un semejante de manera tan brutal. ¿Qué pretendía con ello, disfrutar? Si así fuera lo lógico sería que estuviera vigilando (y disfrutando) del espectáculo. Al fin y al cabo ella no era más que una excelente actriz sola en el proscenio; una diminuta sala mal iluminada por un amarillento fluorescente. Bordaba su papel mientras alguien espiaba tras el telón. Alguien que evidentemente sentía que debía ser superior a ella. Una especie de deidad mitad juez, mitad verdugo.

Las piernas comenzaron a temblar.

*Otra vez, no , por favor. No puedo aguantarlo.*

Tensó los músculos de la pantorrilla junto con los dedos de los pies. Mantuvo el equilibrio. Permaneció estable unos segundos, hasta que...

Aaaaaarrggghhhhhh.....

El grito sonó deformado, agónico, extraño, distante. Brotaron lágrimas de sus ojos, pero esta vez iban cargadas de sangre. Varios huesos crujieron en la mano ante la caída. La carne se desgarró sobre la herida. De un acto reflejo sus dedos se curvaron hacia dentro llegando a tocar el clavo. Se impregnó de sangre que comenzaba a salir a borbotones. Del brazo al torso, inundó el vientre, descendió por las piernas hasta llegar al suelo donde se mezcló con el vómito. Se formó una masa amorfa sobre el suelo con sus restos orgánicos. Así terminaré, pensó Beatriz. Despojos sobre un frío suelo.

*El suelo está frío.*

Miró hacia abajo. Descubrió algo tan aterrador como fascinante. Sus pies estaban completamente apoyados sobre las baldosas. Eso significaba dos cosas; la primera que ya no tenía que ponerse de puntillas más; y la segunda...; esperaba que sus horribles pensamientos no fueran ciertos, pero no podía mantener esa postura, como una persona normal, si la carne de su mano no hubiera cedido.

Evitó mirar hacia arriba, de hecho sólo miró una única vez, cuando despertó y se descubrió clavada de esa manera. Al hacerlo el espanto que sintió fue tal que retorció todo su cuerpo de modo que esa fue la primera vez que aquel clavo profundizó más en la carne. Guiada por la histeria se revolvió. Bajo sus pies un hueco se abrió. Lo siguiente fue descender. Caer hasta que los pies quedaron apoyados en el suelo. Sintió ardores en la mano, como si la estuvieran quemando. El clavo ahondaba entre la carne. Aquel sufrimiento la hizo convulsionarse, lo que ayudó a incrementar el daño. Rápidamente tuvo un conato de inteligencia, fruto del instinto de supervivencia, y fue cuando decidió colocarse de puntillas. La mano dejó de estar en tensión. El dolor bajó de intensidad. A pesar de resistirse a desaparecer pudo recobrar una especie de engañosa calma. Un eufemismo, se dijo, para evitar asumir la condición de torturada. Inhaló; exhaló, de manera profunda, rítmica. Comenzó a controlar la respiración. Bajo su pecho el corazón palpitaba con decreciente violencia. Acto seguido Beatriz descubrió la desnudez de su cuerpo. Sintió vergüenza, no por puritanismo, si no por sentirse vulnerada.

Cerró los ojos con fuerza. Tal vez cuando los abriera se encontraría en otro lugar. Un lugar mejor, por que...

*...por que peor es imposible.*

Algo cálido cosquilleaba sobre su costado. Abrió los ojos para descubrir un reguero de líquido rojo oscuro descender. Con horrible curiosidad elevó la vista hacia su

mano apuntalada. En el camino pudo comprobar como ese reguero de sangre a medida que subía se hacía más copioso. En lo más alto descubrió el enorme clavo. La cabeza sobresalía varios centímetros de su palma. De color gris metálico, pincelado con restos amarillentos sobre la superficie. Pensó que se trataba de óxido.

Si no muero desangrada, moriré infectada, musitó con sorna, sin reír su propia gracia.

Entre sollozos recordó como bajó la vista para llorar. ¿Qué había hecho ella para merecer tal castigo? Su vida era anodina. Vivía en un pequeño apartamento, sola, en un pequeño pueblo alejada de la ciudad. Apenas tenía contacto con sus vecinos, lo cual sabía con total certeza que había provocado más de un comentario, desgraciadamente desafortunado y malicioso. De círculo de amistades escasas, reducido a familiares cercanos, incluso carecía de mascota que la brindara algo de compañía en la soledad de su hogar. Tampoco pertenecía a ninguna asociación laica que ayudara a la parroquia. Quería vivir y sentir la fe de una manera totalmente personal. El anonimato, esa era la directriz que gobernaba su vida. Qué alguien la hubiera elegido como víctima le parecía algo incomprensible.

Eso qué importaba ahora. Evocar el comienzo de su tortura se le antojaba como algo extrañamente distante. El presente era la realidad.

En aquel momento pensó que rezar sería una buena idea. Dentro de su infinita sabiduría y bondad el Señor se apiadaría de su alma. Encontraría el modo de salvarla. Él podía hacerlo. ¿Quién si no? Comenzó con un padre nuestro. *Padre Nuestro, que estás en los cielos..* Fue incapaz de seguir. Olvidó como continuaba. Cerró los ojos para centrarse en la oración. Fue peor. La oscuridad invocó la imagen de su mano mancillada. Carne y metal compartiendo el mismo espacio. Tuvo que abrir los ojos de repente. Con la mano en alto, clavada contra la pared, pensó en su situación como una

suerte de moderna crucifixión. Las oraciones convencionales no servirían de nada. La suya tenía que ser una petición personal, hecha desde la profundidad de su corazón y con el convencimiento de su fe.

- Por favor Señor, líbrame de todo mal.

Líbrame de todo mal.

¿De qué mal? Si entendía un maldito clavo como el mal absoluto, ¿qué deberían pensar las personas cuyas seres queridos habían muerto en inundaciones, incendios, atentados terroristas? Incluso el hijo del propio Dios fue abandonado a su suerte crucificado, no con uno, si no con tres clavos, además de herido con una lanza. ¿Como ella osaba a ser salvada si el demiurgo volvía la vista hacia la izquierda?

- ¡PERO YO QUIERO VIVIR! – gritó con toda la rabia que la fue posible.

Silencio.

Quiero, deseo vivir, repitió en voz muy baja.

Tensó los pies sobre el suelo. Cerca de ella se encontraban los dos tacos de madera que su torturador había usado inteligentemente para garantizar una postura elevada mientras permanecía dormida (o inconsciente). Lamentaba no haber sido más valiente. Si no se hubiera asustado los tacos permanecerían bajo sus pies. No tendría la necesidad de colocarse de puntillas para evitar el sufrimiento.

Rió, o creyó hacerlo. Los tacos ya no eran necesarios. Sus pies se mantenían firmemente bajo el suelo. Para ello había pagado un precio alto; o quizás no tanto.

Tardó en decidirse. La segunda vez que alzó la vista hacia el clavo no se asustó. Ni siquiera gritó, o agrió el rostro. Descubrió que quejarse ya no servía de nada. Al igual que rezar.

Lo que encontró por encima de su cabeza fue un trozo de carne mutilado lleno de sangre, piel hecha jirones, un hueso que sobresalía, dedos curvados hacia dentro,

suponía que los tendones debido al dolor y la presión se habrían contraído. Todavía se discernía la forma básica de la mano, pero estaba claro que ya jamás la serviría para coger un cubierto y llevarse comida a la boca. Jamás volvería a escribir con ella. Ni un excelente cirujano sería capaz de reconstruir aquel trozo de carne. Eso suponiendo que lograra salir con vida. Una suposición muy imaginativa ya que Beatriz sabía que moriría en aquella pequeña sala.

¿Qué más podía hacer una persona que había aceptado con tal determinación su destino? Esperar, se dijo. Esperar a la muerte.

*(pero yo quiero vivir)*

De niña había aprendido el significado de la palabra resignación. La aceptación del destino como si de una verdad suprema se tratara. El orden lógico de las cosas. Todo tiene un por qué. Que ella estuviera desnuda, clavada, con la mano destrozada formaba parte de un plan superior el cual no estaba preparada a entender. Dios así lo había designado.

- ¡Una mierda! – gimió.

Cegada por la ira, Beatriz tomó una decisión. Permanecer inmóvil no estaba dentro de su planes. Si fuera acertada o desafortunada, el tiempo se encargaría de decirlo.

Con su brazo libre rodeó su torso agarrándose con firmeza en el costado. Cerró los ojos, como si eso fuera suficiente para paliar el extremo dolor que estaba dispuesta a padecer, más de lo que ya había sufrido. Mentalmente contó hasta tres y tiró con fuerza.

Todo sucedió muy rápido hasta que su cabeza golpeó contra el suelo. Apenas notó el impacto. Todo su centro neurálgico estaba ocupado transmitiendo los impulsos originados desde su mano derecha. La intensidad del suplicio alcanzó unas cotas tan altas que provocó una visible alteración en su cuerpo. Dejó de controlar los esfínteres,

se abrieron dejando que los restos orgánicos brotaran libremente. Ese hecho estaba lejos de importunarla. Ya se sentía demasiado sucia como para reparar en unos nimios detalles de heces y orina.

Una densa oscuridad se cernió a su alrededor. Fue consciente de tener los ojos abiertos, aun así la umbría se hizo notar. De la oscuridad vino el miedo. Volvió a cerrar los ojos. Contrajo su cuerpo adoptando una postura fetal. Lloró en silencio sin verter lágrima alguna, se sentía vacía. El brazo derecho reposaba sobre su afligido cuerpo. Palpitaba con extremada fiereza. La mano desprendía un húmedo calor que la inundó. Intentó moverla. No respondía. Se convenció de que todavía la extremidad estaba dormida, aunque no notara el típico cosquilleo.

Su opción había sido librarse del clavo. Ese trozo de metal oxidado para ella no significaba más que una simple atadura que debía dejar atrás. Así que tiró; con fuerza. Hubo resistencia. Su cuerpo se movía hacia un lado, la mano permanecía inmóvil. Un conflicto de fuerzas contrarias. El hombro crujió, llegó a un punto cercano a la dislocación si no hubiera sido por que el agujero en la mano ya se había agrandado de tal manera que al final la carne cedió. La cabeza traspasó de lado a lado llevándose en su camino todo lo que pudo; piel, carne, tendones, huesos y sangre.

Más tarde, al hacer acopio de fuerza y valentía, percibió la tenue claridad del fluorescente al despegar los párpados. Desapareció la oscuridad, no así la frialdad de las baldosas. Y menos aún el desagradable contacto con los restos esparcidos que serpenteaban su cuerpo.

Rodó sobre sí misma para tumbarse. El brazo lastimado se vio arrastrado hasta que se estrelló contra el suelo. Apenas percibió el golpe.

Ante sus ojos quedó revelado su enemigo. En la altura, el clavo apuntado en la pared subsistía sin haber sufrido daño alguno. De él colgaban unos extensos jirones de

piel con trozos de carne. Bordeándole un insólito dibujo; el que formaban las salpicaduras de sangre. Si entornaba los ojos se formaba una figura, un rostro. Una efigie demasiado conocida para ella.

Acto seguido observó su mano. Descarnada, entumecida, amoratada, sangrante. La mano de un extraño.

Rió, gritó, pataleó.

- Te he vencido – dijo con una voz ronca.

Volvió a carcajearse. Aquel clavo no había podido someterla a su voluntad. Nada podía hacerla ya, a pesar de observarla como deidad altiva enfurecida por la insumisión de su víctima, a pesar de mostrar con futilidad sus trofeos.

- He escapado de ti.

Se preguntó cómo afectaría esta situación en su vida cotidiana. En una época tan tecnificada perder una mano suponía más bien poco. Podía recuperar su anodina vida para seguir su curso normal. Sería una discapacitada, sí, pero estaba viva.

El clavo había fracasado.

Escupió sangre. El esputo fue a parar a su pecho. Impregnó a su crucifijo. Otra mancha más en mi cuerpo, se dijo. No importa, es mía y la quiero.

Sintió calor, frío y de nuevo calor; punzadas en la cabeza. Supuso que tendría fiebre o algo así.

El clavo rió.

Lo había oído. Realmente escuchó su risa. Luego habló. Voz baja, masculina, susurrante. *(He ganado la batalla)*

Imposible. Los clavos no pueden hablar.

*No puede hablar.*

Deliraba. Los colores comenzaron a mezclarse. Su retina era incapaz de distinguirlos. La pequeña sala giró frenéticamente alrededor de ella. Se mareaba. Mientras el clavo se reía de ella. Beatriz gritó. Imploró que se callara, que la dejara en paz.

*¿Acaso no he sacrificado mi mano por mi vida?*

El clavo hizo caso omiso.

Cerró los ojos. Se le apareció con absoluta claridad. De basto aspecto metálico, color gris con restos amarillentos de óxido.

¿Y si no fuera óxido?¿Si fuera un veneno? Una sustancia inoculada recorriendo mi cuerpo, corrompiéndome por dentro, devorando mis órganos, consumiendo mi vida.

Escuchó la maliciosa risa del clavo en su interior.

Una violenta convulsión la sobrevino. En aquel frenesí comprendió. Desde un principio había aceptado que morirían en aquella sala. Nadie podía ayudarla, menos su Salvador, que para eso la regaló el libre albedrío. Condenada, viviendo en su propio infierno, por caer desde las alturas tras rebelarse contra su dios-clavo por no aceptar su destino. Yacía tumbada, expulsada, como el ángel más querido de Dios.

Rió como pudo. Hacerlo se convertía en un acto doloroso. Desvariaba, producto de un estado febril, determinó. Se trataba de un simple clavo. Un trozo de metal que había logrado desgarrarla la mano. Un trozo de metal que la estaba matando, poco a poco, con mucho sufrimiento.

Beatriz cerró los ojos. El dolor no la impidió sumirse en un sueño que no fue ni placentero ni profundo. Tan sólo se trataba de un sueño, del cual sabía que no lograría despertar. Esbozó una sonrisa. Iba morir mientras dormía, como había imaginado de niña. Si había luz al final del túnel o un celestial paraíso esperándola poco la importaba.